

Cuarto Domingo después de la Epifanía

Romanos 13:8-10

“No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros, pues el que ama al prójimo ha cumplido la Ley, porque: «No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás», y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la Ley es el amor”.

EL AMOR CRISTIANO Y EL MANDATO DE AMAR

1. Esta también es una Epístola de exhortación como las dos anteriores, que nos anima a producir los frutos de la fe, excepto que aquí San Pablo resume todo brevemente y finalmente define todos los frutos de la fe como el amor. Justo ante de esto enseñó que debemos sujetarnos al gobierno temporal, pagar impuestos y tributos, temer y honrar a todos aquellos a quienes se lo debe, porque toda autoridad y gobierno ha sido instituido por Dios. Luego sigue esta Epístola: “*No debáis a nadie nada*”, etc.

2. Aquí dejo de lado todas las glosas que otros han hecho buscando qué quiere decir con las palabras: “No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros”. Para mí, clara y sencillamente significa: No deben ser deudores como seres humanos, sino como cristianos, cuya deuda debe ser la obligación libre del amor, no una obligación forzada por la ley. Así nos muestra dos clases de deuda: una se caracteriza por la ley, la otra se caracteriza por el amor.

Lo que se caracteriza por la ley nos hace deudores ante la gente, de modo que uno tiene un derecho y reclamo sobre otro debido a una deuda. Es lo mismo como cuando damos al gobierno impuestos, tributos, obediencia, honor, etc. Aunque estas cosas no son necesarias para el cristiano por él solo, puesto que tales obras no lo mejoran ni lo justifican, sin embargo, porque tiene que vivir en la tierra, está obligado según el hombre exterior a hacerse igual a todos los demás en tales cosas, y a ayudar a mantener el orden general temporal y la paz. Así Cristo también pagó tributo como una deuda (Mat 17:27), aunque primero había dicho a Pedro que no estaba obligado a hacerlo; no habría pecado ante Dios si lo hubiera dejado sin hacer.

3. La segunda deuda es el amor, cuando el cristiano voluntariamente se hace siervo de todos, como dice San Pablo: “Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos” (1 Cor 9:19). Ninguna ley humana exige esta deuda ni la reprende; nadie habla a otro de ella. La gente y el mundo entero no saben cómo es mandado el amor; no entienden que cada uno es sujeto a y obligado a servir al otro. Esto es fácil ver. Cuando una persona rica se detiene de tomar la propiedad de otro, de violar su esposa, de herir su cuerpo y honor, todas las leyes lo consideran justo. Ninguna ley lo reprende por vivir para él mismo, por ser avaro, por prestar como un tacaño, no dar ni ayudar a nadie con su propiedad, o por exigir que se devuelva lo que se ha tomado de él. La ley obliga al hombre externo y se aplica solo a las obras malas, las cuales impide y reprende. Las

buenas obras se dejan libres y sin coerción, ni con reprensiones ni amenazas, sino son alabadas y premiadas, como también lo hace la ley de Moisés.

4. Aquí San Pablo quiere enseñar a los cristianos cómo conducirse respecto al gobierno y todos en tal forma que no den ocasión para queja ni censura, como son obligados a hacer en conformidad con la ley y la autoridad externas. Su primera deuda no es a estas cosas, sino a hacer más de lo que esa deuda requiere, y sin que se les exija hacerlo, hacerse deudores y servir a los que no tienen derecho ni reclamo sobre ellos. San Pablo también dice: “A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor” (Rom 1:14). Tal deuda hace al hombre la clase de persona que hace más de lo que se requiere de él. Por esto también anticipa y da lo que debe al gobierno y a todos conforme a la autoridad externa, de modo que no pueden exigir ninguna deuda de él.

5. Así, estas palabras del apóstol quieren decir lo mismo como si dijera: “Debe a todos para que no debas a nadie; debes todo para que no debas nada”. Eso suena contradictorio, pero una parte mira el amor ante Dios, y la otra parte mira la ley y el gobierno ante el mundo. Todo el que en amor se hace un siervo que debe a todos hace tanto que nadie en el mundo puede culparlo en nada; de hecho, hace mucho más de lo que cualquiera desea. Por tanto, es libre y no debe nada a nadie, precisamente porque se hace deudor de todos en todo.

El Espíritu podría usar tal forma de hablar también en otros asuntos, como si dijera: “No hagan buenas obras, para que puedan hacer solo buenas obras. Nunca sean piadosos y santos, para que siempre sean piadosos y santos”. Como dice San Pablo: “No seáis sabios en vuestra propia opinión” (cap. 12:16); es decir, como también dice en 1 Corintios 3:18: “Si alguno entre vosotros cree ser sabio en este mundo, hágase ignorante y así llegará a ser verdaderamente sabio”. En ese sentido decimos: Deban a todos los hombres para que no sean endeudados con nadie; y, “No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros”.

6. Todo esto y cosas por el estilo se dice de las dos clases de gobierno. Todo el que quisiera hacer buenas obras ante Dios, debe guardarse contra las obras que parecen brillantes ante el mundo y por las cuales la gente piensa que puede hacerse piadosa. Todo el que quiere hacerse piadoso y santo debe guardarse contra la santidad en obras aparte de la fe. Así, todo el que quisiera ser sabio debe despreciar la sabiduría independiente del Espíritu, de la cual tratan el hombre y la naturaleza.

Así, todo el que no quisiera deber nada a nadie debe deber todo a todos; de modo que no guarda nada como suyo. Así rápidamente se eleva sobre todas las leyes, que solo atan a los que tienen algo suyo. La gente correctamente dice: “Todo el que abandona toda su propiedad ha pagado a todos”. ¿Cómo puede deber algo a alguien cuando no tiene, y no puede tener, nada más que sea suyo? Esto es lo que hace el amor. Por tanto, la mejor manera de no deber nada a nadie es hacer que debas a todos todo por el amor.

Asimismo, la gente también dice: Si no quisieras morir, muere; si no quisieras ser capturado, deja que te encarcelen; si no quieres ir al infierno, ve al infierno; si no

quieres ser un pecador, hazte un pecador; si quisieras escapar la cruz, tómalala sobre ti; si quisieras conquistar al diablo, deja que te venza; si quisieras vencer a un hombre malo, permite que él te venza. El significado de todo esto es que debemos libremente entregarnos y voluntariamente dejar que Dios, el diablo y la gente nos haga todo lo que quieran, de modo que no nos adhiramos a nada, sino dejar que todo vaya como va y viene. Por eso Pablo habla como habla: “No debáis a nadie nada”, etc., De otro modo, podría haberlo dejado como lo dijo arriba: “Pagad a todos lo que debéis”, etc.

EL AMOR CUMPLE LA LEY.

7. Hemos hablado del amor y su carácter y frutos con tanta frecuencia que no es necesario que tratemos el asunto aquí. Se tratará suficientemente en la Epístola para el domingo antes de la Cuaresma. Por tanto, dejaremos esto y miraremos cómo el amor es mandado por la ley de Dios. La gente ha escrito muchos libros y enseñanzas para instruir a la gente acerca de cómo vivir; son sin número e interminables, y no hay fin de hacer tales libros y leyes, como podemos ver en las leyes canónicas y seculares y en las órdenes y estados clericales. Todo eso todavía se podría tolerar como una gracia especial, si estas leyes y doctrinas se usaran y se trataran conforme a la ley, regla y principio principal del amor, como lo hace la Sagrada Escritura, la cual también da muchas leyes diferentes, pero todas se usan y se contienen en el amor, y todas se sujetan a ese amor. Todas estas leyes tienen que ceder y nunca ser leyes ni tener ninguna fuerza si contradicen el amor.

Leemos muchos ejemplos de esto en las Escrituras, especialmente cuando Cristo cita el ejemplo de David y sus compañeros que comieron el pan sagrado de la proposición (Mateo 12:3-5; Marcos 2:25-26). Aunque había una ley que nadie que no fuera sacerdote debería comer ese pan sagrado, sin embargo, el amor aquí fue una reina libre sobre esa ley y la obligó a obedecerla, de modo que tenía que ceder y cesar al tiempo en que David sufría hambre. Tuvo que soportar el veredicto: David, a quien se debe ayudar, tiene hambre; el amor dice: “Haz bien a tu prójimo en dondequiera que tiene necesidad. Por tanto, ley, desiste y no impide que él haga el bien. Más bien, tú mismo debes hacerle bien y servirlo en su necesidad, y no atraparlo con tus prohibiciones”.

Asimismo, también dice que debemos hacer bien a nuestro prójimo necesitado en el sábado, sin importar cuánto la ley nos prohíbe hacer algo en el sábado. Más bien, porque hay una necesidad de ayudar a nuestro prójimo, el amor recibe la preferencia, y el sábado no tiene poder.

8. Si las leyes fueran usadas con amor, y todas fueran controladas de acuerdo con el amor, el número de leyes tendría poca importancia. Aunque uno no escucharía ni aprendería todas ellas, todavía podría escuchar y aprender algunas, una o dos, en las cuales aprendería el amor, que se enseña en todas ellas. Si oyera y aprendiera todas ellas, y todavía no podría reconocer el amor en todas ellas, podría llegar a reconocer el amor en una ley.

San Pablo también da este método de controlar y entender la ley cuando dice: “No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros”; también “y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo»”; “El amor no hace mal al prójimo”; “el cumplimiento de la Ley es el amor”. Cada palabra en esta Epístola concluye y declara que el amor es la reina sobre todas las leyes.

9. Por otro lado, cuando la ley se enseña y promueve aparte del amor, no hay mayor desgracia, mayor injusticia y mayor miseria en la tierra. Entonces la ley no es otra cosa sino un tormento y una destrucción. Entonces es cierto el dicho: “*summum jus, summa injustitia*”, “la justicia más severa es la más severa injusticia”. Salomón dice: “*Noli nimium esse justus*”, “no seas demasiado justo” (Ecl 7:17). Aquí dejamos la viga estancada en nuestro propio ojo sin reconocerlo, pero nos ocupamos de sacar la astilla del ojo del prójimo. Producimos conciencias estúpidas, temerosas, desesperadas sin necesidad ni causa, pero con gran daño a cuerpo y alma. Eso sucede con gran labor y trabajo, pero todo es inútil.

10. Podemos probar esto con ejemplos. En el caso que se mencionó arriba cuando David tenía hambre, si el sacerdote no le habría querido dar el pan sagrado y habría sido tan ciego que tomara su posición sobre la ley y no reconociera el amor y le habría negado la comida, ¿qué habría pasado? En cuanto dependía de él, David tendría que haberse muerto de hambre, y el sacerdote habría cometido un asesinato por amor a la ley. Eso definitivamente no habría sido otra cosa sino *summum jus, summa injustitia*, “la más severa justicia es la más severa injusticia”. Además, si miraras dentro del corazón de tal sacerdote necio, allí encontrarías la horrible abominación de hacer un pecado y un asunto de conciencia en donde no hay pecado ni asunto de conciencia. Lo considera un pecado comer el pan cuando realmente es el amor y una buena obra. Por otro lado, considera el asesinato, dejar a David morir de hambre, no como un pecado, sino como una buena obra y servicio de Dios.

11. Pero ¿quién puede describir suficientemente esta necedad abominable, ciega, pervertida? Actúa tan mal en este asunto que el mismo diablo no puede ser peor. Hace pecado donde no hay pecado, y asunto de conciencia cuando no hay por qué, y quita de la gente la gracia, la salvación, la virtud, y Dios con todos sus tesoros, y todo eso sin razón, falsa y engañosamente, por lo cual niega y condena plenamente a Dios. Por otro lado, porque hace del asesinato y la injusticia una buena obra y servicio de Dios, pone al diablo con sus mentiras en el lugar de Dios, instituye la peor forma de idolatría que puede haber, arruina cuerpo y alma, destruyendo lo primero con hambre y asesinando el alma por la conciencia, convierte a Dios en el diablo, y el diablo en un dios, convierte el cielo en el infierno, y el infierno en el cielo, convierte el pecado en justicia y la justicia en el pecado. Eso, creo, es una perversión, de modo que la más severa justicia se convierte en la más severa injusticia.

De eso habla Ezequiel: “Así ha dicho Jehová, el Señor: ¡Ay de aquellas que cosen vendas mágicas para todas las manos y hacen velos mágicos para la cabeza de toda edad, para cazar las almas! ¿Habéis de cazar las almas de mi pueblo para mantener así

vuestra propia vida? ¿Y habéis de profanarme en medio de mi pueblo por unos puñados de cebada y unos pedazos de pan, matando a las personas que no deben morir y dando vida a las personas que no deben vivir, mintiendo a mi pueblo que escucha la mentira?” (cap. 13:18-19).

¿Qué quiere decir, sino que los maestros ciegos de la ley aterran la conciencia, y ponen el pecado y la muerte en el lugar de la gracia y la vida, y, por otro lado, vida y gracia donde hay solo pecado y muerte? Todo eso lo hacen por un puñado de cebada y un poquito de pan. En otras palabras, atan esas leyes a las cosas externas, cosas que perecen con el uso, como un trago y un bocado de pan, y luego dejan de lado el amor y atan la conciencia con pecados que llevan a la muerte eterna. Por eso Ezequiel sigue:

12. “Por cuanto entristecisteis con mentiras el corazón del justo, al cual yo no entristecí, y fortalecisteis las manos del impío para que no se apartara de su mal camino, infundiéndole ánimo, por eso, no veréis más visión vana ni practicaréis más la adivinación. Yo libraré a mi pueblo de vuestras manos. Y sabréis que yo soy Jehová”. (v. 22-23).

12. Entristecer los corazones piadosos significa cargarlos de pecados cuando sus obras son buenas; fortalecer las manos de los malos significa que consideran como buenas obras lo que es solo pecado. El Salmo 14:4-5 dice de esto: “No invocan a Jehová. Ellos temblarán de espanto”. Es decir, lo hacen un asunto de conciencia y tienen temor cuando no es asunto de conciencia y no hay nada que temer. Se preocupan que sea un pecado, pero realmente es la adoración exaltada de Dios. Por eso dice: “Cuando deben invocar a Dios y servir a él, temen que sea pecado y no servicio divino; otra vez, cuando deben temer y no es servicio divino, están seguros y sin temor”. Así Isaías también dice: “Su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado” (cap. 29:13). Esa gente pervertida en todas partes hace todo al revés: invocan a Dios y no temen en donde está el diablo, y no lo invocan y tienen temor en donde está Dios.

13. Ese es el lamento y la miseria de todos los que ciegamente se ocupan de la ley y obras y no comprenden la intención de la ley y su reina, el amor. Así lo vemos también en nuestra pobre gente, el clero y todos los que los siguen, cuán profundamente están estancados y cuán obstinadamente se aferran a sus obras. Aunque el mundo entero se arruine, todo lo que ellos hacen tiene que prevalecer y continuar constantemente, sin importar si el cuerpo se enferma y muere o el alma sucumbe y perece. Por tanto, piensan que este asesinato y perecer son un servicio a Dios, no temen, y no les perturba la conciencia por causa de ello, sino más bien se fortalecen en esta maldad, de modo que nunca se convertirán de sus obras y vida. Por otro lado, si permitieran que algún pobre comiera carne o se casara para salvar su cuerpo y alma, entonces hay ansiedad; entonces es asunto de conciencia; entonces hay pecado y ley, muerte e infierno; entonces no invoca a Dios ni lo sirve, y un cuerpo muere diez veces; un alma va al diablo cien veces.

14. Observa, luego, lo que es el mundo y lo que hacen carne y sangre cuando quieren hacer lo mejor: cuán peligroso es operar y gobernar con leyes, de hecho, cuán imposible es sin grave peligro gobernar y enseñar almas con leyes, si el Espíritu y el amor (que

tiene pleno poder sobre todas las leyes) no están allí. Por eso está escrito que hay una ley de fuego en la mano derecha de Dios (Deu 33:2. Esta es la ley de amor en el Espíritu, que debe gobernar todas las leyes en la mano izquierda, o externamente en el mundo. El sacerdote tenía que llevar sobre su pecho, en el pectoral, “el Urim y Tumim”, es decir, Luz y Perfección, porque el sacerdote debía iluminar la ley con un entendimiento correcto, y guardar y enseñarla sin cambio (Éxo 28:30).

15. Así toda clase de leyes se debían dar, decretar y guardar, no para que se cumplieran para ellas mismas ni por amor a lo que mandan, sino solo por amor del entrenamiento en el amor. Ese es el verdadero significado de la ley, según Pablo dice aquí: “El que ama al prójimo ha cumplido la Ley”. Por tanto, cuando ves que no es para beneficio del prójimo sino le hace daño, entonces se debe omitir. Una y la misma ley ciertamente puede beneficiar a tu prójimo en una ocasión y dañarlo en otra ocasión. En consecuencia, debe suceder para beneficiar al prójimo.

Las leyes se deben tratar de la misma manera en que se tratan la comida, la ropa y otras necesidades del cuerpo. No debo mirar la ropa y la comida, sino el beneficio y la necesidad de mi prójimo, quien debe ser alimentado y vestido, de modo que dejen de alimentar y vestirlo cuando veo que ya no lo soporta.

16. Imagina el necio que dijera dentro de sí: “Pues, ¡la comida y la ropa son cosas buenas!” Sin pensar más, seguiría luego y escogería a alguien y no haría nada más sino llenarlo con todo el pan y cerveza que podría obtener, y le pondría toda la ropa de que podría echar mano, hasta que la persona se estrangulara y se sofocara. Sin embargo, seguiría llenándolo y vistiéndolo sin cesar. Si alguien se le dijera “Para, lo estás sofocando. Tiene suficiente comida y ropa, y solo estás malgastando tu tiempo”, seguiría y diría: “Hereje, ¿Quieres prohibir las buenas obras? La comida, la bebida y la ropa son cosas buenas. No debo cesar; no puedo hacer demasiado”. Así seguiría alimentando y vistiéndolo. Dime, ¿qué pensarías de tal persona? Es sumamente necio; es más loco que la locura misma.

Nuestro clero ha sido y todavía son gente así, que operan con obras y leyes. Con la idea ciega de que es asunto de obras, sofocan cuerpo y alma y no ven que su propósito es entrenar en el amor. Así pones las obras por encima del amor, y la criada sobre el ama, de modo que se debe considerar la miseria, a no decir nada de escuchar y verla, o hasta hacerla y tolerarla.

17. Así este mandamiento del amor es un mandato breve y un mandato largo. Es un mandato, y son muchos mandatos, ningún mandato y todos los mandatos. Es breve, y uno en sí, fácil de entender, pero es largo y muchos en su práctica, porque incluye y controla todos los mandamientos. Ni siquiera es un mandato cuando ves las obras, porque no tiene ninguna obra particular nombrada como propia de él; sino es todos los mandamientos, puesto que todas las obras de todos los mandatos son y deben ser sus obras. Así el mandato del amor anula todos los mandatos e impone todos los mandatos. Hace todo esto para que sepamos y aprendamos a no tener ni considerar ningún mandato u obra más allá de la medida en que el amor lo exige.

18. Porque no debemos y no podemos estar sin obras en la tierra, debe haber toda clase de mandatos por las cuales se definen las obras. Sin embargo, el amor retiene su poder y es soberano sobre esos legisladores; manda que las obras se omitan y o se hagan en dondequiera que le sirva a él; ninguna obra queda o sucede contra su voluntad.

Aprendamos esto del conductor del carro. Controla como quiere al caballo y el carro. Si estuviera contento de aflojar las riendas, y no mirar si el tiro seguía el camino, todo el equipo, el tiro, el carro, las riendas y el conductor, pronto estarían arruinados; el conductor tal vez estaría ahogado en una zanja o su cuello roto en un tronco de árbol o una roca. Pero si es lo suficientemente sabio para dirigir todo según el camino, y mira si puede seguir el camino o no, maneja como debe. Por todo el que quiere manejar directamente de frente es el conductor sabio que quiere dirigir el camino para conformarse al carro, pensado que el camino debe adaptarse a cómo el carro quiere que sea. Verá qué tan bien le va.

19. Sucede lo mismo cuando queremos gobernar a la gente en conformidad con leyes y obras, y no las leyes en conformidad a la gente, así como el conductor que trata de guiar el camino en conformidad con el carro. Es cierto que el camino frecuentemente es bien adaptado al carro y procede de frente, pero luego a veces está torcido y desnivelado, y entonces por seguro el carro se hará torcido y desnivelado. Asimismo, los hombres tienen que adaptarse a las leyes y reglamentos siempre que sea posible y en donde las leyes les benefician. Pero otra vez, en donde les son dañinas, entonces las leyes seguramente deben ser flexibles y ceder, y el gobernante debe ser lo suficientemente sabio para dejar lugar para el amor y suspender las obras y las leyes. Por eso los filósofos dicen que la *prudentia*, “prudencia” o “discreción” (como el clero la llama), es el conductor de todas las virtudes y debe controlar todas las virtudes.

20. Leemos en el libro de los antiguos padres que, en cierta ocasión, cuando se reunían, surgió la pregunta, ¿cuál realmente es la obra más noble? Uno dijo esto, otro aquello, uno habló de orar, otro de ayunar, hasta que San Antonio concluyó que entre todas las obras y virtudes, la discreción era la mejor y un camino seguro al cielo. Pero todo eso todavía fue una opinión pueril y mundano acerca de obras escogidas por ellos mismos. El cristiano comprende esto en forma diferente y con intrepidez, y concluye que ni la discreción ni la falta de discreción importa ante Dios, sino solo la fe y el amor. Pero el amor es el conductor y la verdadera discreción en las buenas obras divinas, que siempre busca el beneficio y la mejora del prójimo, así como la discreción en las virtudes mundanas busca el beneficio general y dirige las leyes de acuerdo con eso. Esto es suficiente sobre esto.

CÓMO EL AMOR COMPLE LA LEY

21. Aquí surge la pregunta: ¿cómo es que el amor cumple la ley cuando el amor es solo un fruto de la fe? Frecuentemente hemos dicho que solo la fe en Cristo borra el pecado, nos justifica y satisface la ley. ¿Cómo se armonizan las dos afirmaciones? De hecho, Cristo también dice: “Así que todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos, pues esto es la Ley y los Profetas” (Mat

7:12). Así muestra que el amor al prójimo cumple tanto la ley y los profetas. Otra vez dice: “Amarás al Señor tu Dios ... Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas” Mat 22:37-40). ¿En dónde, entonces, está San Pablo, quien dice: “Luego, ¿por la fe invalidamos la Ley? ¡De ninguna manera! Más bien, confirmamos la Ley” (Rom 3:31). Otra vez: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley” (Rom 3:28). Y otra vez: “El justo por la fe vivirá” (Rom 1:17).

22. Contesto: Como hemos dicho frecuentemente, se tiene que distinguir entre la fe y el amor, de modo que la fe se aplica a la persona, y el amor a las obras. La fe borra nuestros pecados, nos hace aceptables y nos justifica. Pero cuando la persona se ha hecho aceptable y justificada, entonces el Espíritu Santo y el amor se le dan para que animosamente haga el bien. Es la naturaleza de la ley atacar la persona y exigir estas buenas obras de la persona; no para hasta que las tiene. La persona no puede hacer estas cosas sin el Espíritu y el amor. Así la persona es obligada a ver lo que le falta y además a pensar que él mismo tiene que ser diferente antes de que pueda satisfacer la ley. La ley no presiona tan duramente a la persona como a las obras; de hecho, solo exige las obras y guarda silencio de la persona. Deja a la persona aprender de las obras exigidas que él mismo tiene que llegar a ser otra persona. Pero cuando llega la fe, hace la persona que puede rendir las obras exigidas por la ley, y eso luego se llama “cumplir la ley”.

Así, San Pablo habla sobre el asunto como es en sí en forma hermosa y apropiada. La ley exige obras de la persona; y se cumple con obras. Por tanto, no se puede decir propiamente que la fe cumple la ley, aunque prepara la persona y la capacita para cumplirla, puesto que la ley exige, no a la persona, sino las obras. Nos obliga a reconocer que la persona tiene que hacerse diferente si va a alcanzar tales obras, porque percibe que no puede alcanzarlas. Por otro lado, el amor y las obras no hacen la persona diferente, no la justifican, sino la persona tiene primero que haberse hecho diferente y sido justificada si va a amar y hacer las obras. Sin embargo, el amor y las obras muestran y prueban que la persona ya se ha justificado y se ha hecho diferente, puesto que tales obras no podrían hacerse si la persona no fuera ya sin pecado y piadosa.

23. Esta explicación se da para que percibamos la verdadera naturaleza y característica de la ley, de la fe y del amor; para atribuir a cada uno lo que le corresponde; y para entender correcta y precisamente los pasajes de la Escritura, a saber, que la fe justifica pero no cumple la ley; que el amor no justifica pero cumple la ley; que la ley exige amor y obras, pero ni siquiera menciona la persona; que la persona ciertamente percibe la ley, pero el amor no la percibe.

Así como antes que venga la fe la ley exige obras y así es una señal que le informa y convence y prevalece sobre él que la persona no tiene fe y no es piadosa, así después de que venga la fe el amor cumple la ley, y también es una señal y prueba de que la persona tiene fe y es piadosa. Así tanto la ley y el amor son testigos de si la persona es piadosa o mala. La ley es un testigo antes que venga la fe de que la persona no es piadosa; el amor es un testigo después que venga la fe de que la persona es piadosa. Así

la persona ciertamente percibe la ley antes que venga la fe, porque la persona no tiene lo que la ley exige, aunque la ley no exige la persona sino las obras; sin embargo, las obras y el amor no perciben la ley, pero ellos mismos son su cumplimiento.

24. Aunque la fe no cumple la ley, tiene lo que la cumple, porque adquiere el Espíritu y el amor, por los cuales la ley se cumple. Por otro lado, aunque la ley no nos justifica, prueba que la fe, por la cual somos justificados, está presente. En resumen, como San Pablo mismo dice aquí: “el cumplimiento de la Ley es el amor”. Es como si dijera: “Una cosa es ser el cumplimiento de la ley y otra cosa es causar el cumplimiento. El amor cumple la ley en que él mismo es el cumplimiento; pero la fe cumple la ley en que ofrece aquello por lo cual se cumple”. La fe ama y obra, como dice Pablo: “la fe que obra por el amor” (Gálatas 5:6). El agua llena la jarra; y el copero lo hace. El agua la llena por sí misma; y el copero la llena con el agua. En su lenguaje los sofistas llaman eso “llenar la jarra efectiva y formalmente”.

25. Así la fe siempre sigue siendo el actor, y el amor la acción. La ley requiere la acción y así obliga al actor a ser cambiado. Por tanto, la ley se cumple por la acción, la cual el actor tiene que hacer. Así Pablo rechaza las fantasías de los sofistas, que distinguen las obras externas del favor interno y dicen que el amor es un favor interno que ama al prójimo cuando lo favorece con bondad interna; pero llaman las obras el fruto del amor. Abandona eso. Aquí puedes ver que San Pablo llama el amor no solo “favor” sino también “hacer un beneficio favorable”, de modo que la fe y la persona siguen siendo el actor y el cumplidor de la ley, como dice: “El que ama al prójimo ha cumplido la Ley”, y el amor es la acción y el cumplimiento. También dice: “el cumplimiento de la Ley es el amor”.

26. Surge otra pregunta: ¿Cómo puede nuestro amor por el prójimo ser el cumplimiento de la ley cuando se nos exige amar a Dios sobre todas las cosas, aun por encima de nuestro prójimo? Contesto: Cristo mismo resolvió eso cuando dijo (Mat 22:39) que el segundo es como el primero, y hace el amor a Dios y el amor al prójimo el mismo amor. Eso es porque, primero, Dios, como no tiene necesidad de nuestras obras y beneficios, nos señala nuestro prójimo, para que hagamos para él lo que queremos hacer para Dios. No necesita más que esto, que creamos en él y lo consideremos Dios. Aun la predicación, la alabanza y las acciones de gracias por su gloria suceden en la tierra para que por medio de ellas nuestro prójimo se convierta y se lleve a Dios. Sin embargo, todo eso se llama amor por Dios y sucede por amor a Dios, pero solo en beneficio y para el bien de nuestro prójimo.

27. La segunda razón es que Dios ha hecho al mundo necio y desde ahora quiere ser amado en medio de la cruz y la angustia, como dice San Pablo: “Puesto que el mundo, mediante su sabiduría, no reconoció a Dios a través de las obras que manifiestan su sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (1 Cor 1:21). Por eso también se entregó en la cruz y se sometió a la muerte y la miseria, e impuso eso sobre todos sus discípulos, de modo que todo el que antes no quiso amar a Dios cuando dio comida, bebida, bendición y honor ahora tiene que amarlo en hambre y

tristeza, en desgracia y vergüenza. El resultado es que todas nuestras obras de amor ahora deben dirigirse a nuestro prójimo miserable y necesitado. Todo el que quiere hacer bien y servir a Dios debe encontrarlo y amarlo en su prójimo, y así servirlo y hacerle bien; así el mandato de amar a Dios se ha traído completamente abajo al amor al prójimo.

28. Esto detiene y cierra la boca de los espíritus elusivos volantes que buscan a Dios solo en cosas grandes y gloriosas, buscan su grandeza, penetran el cielo, y piensan que están sirviendo y amando a él con tales honores, cuando todo el tiempo lo están dejando de lado cuando lo pasan por alto aquí en la tierra en su prójimo, en el cual él quiere ser amado y honrado. Por tanto, en el día final escucharán: “Porque tuve hambre, y no me disteis de comer” etc. Porque Cristo se vació de su forma divina y tomó sobre sí la forma de un siervo con el propósito de traer abajo el amor que tenemos por él y centrarlo en nuestro prójimo. Sin embargo, lo dejamos yacer allí, miramos el cielo, y fingimos dar gran amor y servicio a Dios.

TODOS LOS MANDAMIENTOS RESUMIDOS EN EL AMOR

“Porque: «No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás», y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo»”.

29. Ya hemos dicho que el amor es la parte principal de todas las leyes, de modo que resume todos los mandamientos. No mira otra cosa sino cómo puede ser útil y no hacer daño; aprendo más cómo ser útil y no dañino de cómo un hombre ama a sí mismo y es útil y no dañino a él mismo, de modo que puede hacer lo mismo para el otro. Por eso queremos discutir este mandamiento y ver cuán hábil y perfectamente se dice.

PRESENTA CUATRO PUNTOS:

El primer punto es: la persona que debe amar, puesto que dice: “Tú mismo debes amar”, es decir la persona mejor, más cercano y más noble que podemos traer a la tarea, porque nadie puede cumplir la ley de Dios por otro; cada uno tiene que cumplirla por sí mismo. San Pablo dice: “Cada uno cargará con su propia responsabilidad” (Gál 6:5) y: “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Cor 5:10). Por eso dice: “Tú, tú, tú mismo tienes que amar”, no, “Que alguien más ame por ti”. Aunque podemos y debemos orar unos por otros que Dios sea misericordioso y lo ayude, nadie será salvo a menos que cumpla los mandatos de Dios por sí mismo. Por tanto, no debemos orar por alguien que quede sin castigo, como afirman las bulas de indulgencias, sino más bien que se haga piadoso y guarde el mandato de Dios.

30. El segundo punto es: la virtud más noble, el amor, porque no dice: “Darás a tu prójimo comida, bebida, ropa”, etc., que son buenas obras preciosas, sino; “Lo amarás”. El amor es la virtud principal, la fuente, la virtud que es común en todas las virtudes. El

amor da comida, bebida, ropa; consuela, persuade, ayuda y rescata. ¿Qué debemos decir? Se entrega con cuerpo y vida, con posesiones y honor, con todos sus poderes internos y externos, por la necesidad y el beneficio del prójimo, sea él un amigo o enemigo. No retiene nada con que puede servir a otro. Por tanto no hay virtud que se compara con el amor, y no se puede describir ni nombrar por su propia obra especial, como hace la gente con otras virtudes incompletas, tales como la castidad, la misericordia, la paciencia, la mansedumbre, etc. El amor hace todo, y hasta soportará la muerte y la vida y todas las cosas, aun por su enemigo, de modo que San Pablo tiene la razón en decir que todos los mandamientos se resumen en las palabras: “Amarás a tu prójimo”.

31. El tercer punto es: el taller más noble de todos y el amigo más querido que se debe amar, que es nuestro prójimo. No dice: “Amarás a los ricos, los poderosos, los doctos, los santos”. No, este amor ilimitado y mandato más perfecto no se parte y divide entre ciertas personas; más bien, no hay parcialidad. El amor falso, carnal, mundano solo mira la persona y ama mientras hay esperanza de recibir provecho; pero cuando la esperanza de provecho desaparece, también desaparece el amor. Pero este mandamiento exige amor ilimitado para todos, sin importar quién sea, si es enemigo o amigo, porque no busca beneficios ni bienes, sino da beneficios y bien. Por eso es más activo y más poderoso hacia los pobres, los necesitados, los malos, los pecadores, los necios, los enfermos y los enemigos, porque allí tiene las manos llenas y siempre encuentra suficiente, todo listo, para soportar, sufrir, llevar, servir y hacer bien.

32. Nota, aquí, que este mandamiento nos hace a todos iguales ante Dios, y pone fin a toda distinción de estado, persona, oficio y obra. Puesto que este mandamiento se ha dado a cada persona, un rey o príncipe (si de hecho es un ser humano), tiene que confesar que el limosnero más pobre, el leproso más miserable, es su prójimo y no es insignificante ante Dios. Así está bajo obligación no solo a ayudarlo sino también, según este mandamiento, a servirlo con todo lo que tiene y toda su habilidad. Si debe amarlo, como Dios aquí le manda hacer, sigue que debe dar al limosnero la preferencia sobre su corona y todo su reino; y si el limosnero lo necesitara, debe hasta entregar su vida por él, porque le debe el amor y debe dejarlo ser su prójimo.

33. ¿No es este un mandamiento hermoso, que hace personas tan desiguales iguales? ¿No es un gran consuelo que un limosnero tiene un siervo y uno tan magnífico que lo ama, de modo que un rey rico debe servir su pobreza y sujetar su hermosa corona y la fragancia dulce de su esplendor real a su hedor y heridas? ¡Qué maravilloso sería si viéramos a reyes y príncipes, reinas y princesas, sirviendo a los limosneros y leprosos, como leemos de San Isabel! Aunque esto sucediera, sin embargo, sería cosa pequeña en comparación con lo que Cristo ha hecho, Él es un Rey de gloria sobre todos los reyes, como es el Hijo de Dios mismo, y sin embargo se hace igual a los peores pecadores y los sirve, hasta muriendo por ellos. Si diez reyes sirvieran a un limosnero, eso sería algo grande; ¿pero qué sería en comparación con el servicio de Cristo? Estarían avergonzados y dirían que lo que hacían ni valía la pena notarlo.

34. De esto podemos ver cuán lejos está el mundo no solo del ejemplo incomparable de Cristo, sino también de este mandamiento. ¿En dónde están los que conocen y entienden lo que quiere decir la pequeña palabra “prójimo” aunque la ley natural, así como este mandamiento, está escrita en el corazón de toda la gente? No hay nadie que no siente y no tiene que confesar que lo que la ley natural dice es correcto y (Mateo 7:12): “Lo que quieres que se haga y no se haga contigo, haz eso y no hagas lo mismo a otros”. Esta luz vive y brilla en la razón de toda la gente; si prestaran atención a ella, ¿qué necesidad habría de libros, maestros, o una ley? Llevan con ellos un libro viviente en lo profundo de su corazón, que les diría con suficiente abundancia lo que deben hacer, no hacer, juzgar, aceptar y rechazar.

Decir “Ama a tu prójimo como a ti mismo” es lo mismo como decir: “Lo que quieres que se haga contigo”, etc. Todo el mundo siente que quiere ser amado y no odiado, y así también siente y ve su obligación a hacer lo mismo con otros. Eso es lo que significa amar a otro como a uno mismo. Pero los malos deseos y el amor pecaminoso oscurecen esta luz, y ennegrecen a la gente de modo que no prestan atención al libro en sus corazones y no siguen el mandato claro de la razón. Por tanto, tenemos que ser detenidos y obligados con mandatos externos, libros, espada y fuerza; ser recordados de nuestra luz natural; y tener expuesto nuestro propio corazón ante nuestros ojos. Pero eso no ayuda, y todavía no vemos esa luz. Más bien, los malos deseos y amores nos impiden de modo que no prestamos atención y todavía tenemos que ser obligados desde fuera por espada y leyes a abstenernos de las obras.

35. El cuarto punto es: el más noble ejemplo o modelo, porque la mejor enseñanza y mandamientos vienen con ejemplos. Este mandamiento da un ejemplo verdaderamente viviente, a saber, “tú mismo”, que es más noble que el ejemplo de todos los santos, porque ellos se han ido y están muertos, pero este ejemplo siempre está vivo. Todo el mundo tiene que confesar que ama a sí mismo. Percibe cuán fervorosamente cuida su vida, cuán cuidadosamente atiende a su cuerpo con comida, ropa y toda cosa buena; cómo huye de la muerte y evita toda desgracia. Eso es amor por ti mismo; lo ves y lo percibes. Ahora, ¿qué te enseña este mandamiento? A hacer a otro lo mismo como haces por ti mismo, de modo que su cuerpo y vida tienen igual valor con tu propio cuerpo y vida. ¿Cómo podría haberte dado un ejemplo más cercano, más vivo, más poderoso? Está fijado tan profundamente en ti mismo, puesto que es tú mismo, tan profundamente como este mandamiento está escrito en tu corazón.

36. ¿Cómo te irá con Dios si no amas a tu prójimo? Tu propia conciencia, que encuentra este mandamiento escrito en ella, te condenará, y toda tu vida como testigo dará testimonio contra ti de que no has hecho a otro como tu propia vida te ha enseñado tan poderosamente a hacer, más aun que el ejemplo de todos los santos. ¿Pero cómo les irá especialmente al clero con su cantar, orar, hábitos, tonsuras, misas y trampas similares? No quiero mencionar que nunca guardan este mandamiento. Eso sí digo, ¿Cuándo tienen suficiente lugar y tiempo en toda la actividad de sus conventos para mirar de una vez esta ley en su corazón, hacerse conscientes del ejemplo en sus propios cuerpos, o siquiera a leerlo en libros externos o escucharlo predicado? ¡Pobre gente miserable!

¿Piensan que Dios tomará ese mandamiento, escrito tan profunda y claramente en el corazón, representado tan hermosa y claramente en el ejemplo de nuestros propios corazones, y echarlo al viento por amor de sus hábitos y tonsuras, y prestar atención más bien a lo que ustedes mismos han inventado y hecho?

37. Ay, ¡qué vergonzosamente el mundo entero se ha apartado de este hermoso y poderoso mandamiento en que se presentan tan hábilmente la persona, la obra, el ejemplo y el taller, y abominablemente promueve lo opuesto! Todo el uso y curso de las cosas es que hemos establecido otra persona en nuestro lugar, de modo que nuestra propia persona no debe estar involucrada. En lugar de la virtud más noble del amor, hemos inventado nuestras propias obras. En lugar de nuestros prójimos, hemos puesto madera y piedra, ropa y comida, hasta almas muertas y los santos en el cielo. A estos servimos; con ellos nos ocupamos. Son el taller en que estamos entrenados. En lugar del ejemplo más noble, tomamos las leyendas y obras de los santos, queremos alcanzar la medida de estos ejemplos externos, y dejamos de lado lo que nos presentan nuestro propio cuerpo y vida y lo que representa el mandamiento de Dios, en los cuales tenemos más que seguir y hacer de lo que jamás podamos manejar. Aunque pudiéramos hacer todo ello, aun así no alcanzaríamos la medida de Cristo.

EL AMOR SOLO OBRA BIEN A SU PRÓJIMO

“El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la Ley es el amor”.

38. Puesto que los Diez Mandamientos nos prohíben hacer mal ni dañar a nuestro prójimo cuando dicen: “No matarás, no cometerás adulterio”, etc., el apóstol, después de estas palabras dice que el amor hace eso y no hace daño a nadie. El amor no solo no hace daño a nadie, sino también hace bien a todos. También es hacer mal cuando dejas a mi prójimo estancado en el dolor cuando podría ayudarlo, aunque yo no lo puse en esa situación. Si tiene hambre y no lo alimento cuando puedo, es lo mismo como si lo haya dejado y le haya dicho que muera en su hambre. Todos los males y daños de nuestro prójimo ahora deben entenderse de la misma manera.

Hemos oído arriba cómo el amor es el cumplimiento de la ley.